

Alta Moral

He de decir, primeramente, que estos hechos son de lo menos impresionantes. Una banalidad sería, pues, intentar narrarlos como pretendo hacerlo. He de decir, además, que siento- ¿acaso un impulso del alma, si cierta cosa es posible?- que lo sucedido a mí, puede ayudar a algún otro joven angustiado. No exagero cuando digo que tuve que quedarme postrado en cama- ¡la dura tabla que llamo cama!- varios meses meditando la situación; pero ese soy yo: pensar lento y actuar tímido. De todos modos, si con mi relato logro que uno solo de quien, por azar, me lea sienta empatía, me habré de sentir satisfecho de estas insulsas palabras.

¿Por dónde he de comenzar? Si comienzo por cómo lo encontré, tendría que decir por qué yo estaba ahí, y si digo por qué estaba ahí, tendría que decir por qué no estaba en ninguna otra parte. ¡Qué suplicio! Seré directo: encontré el dinero arrumbado en el estacionamiento gris, lleno de escombros y basura, de uno de los tantos Walmarts que abundan aquí. A pesar de no poder comprobarlo, siento que el dinero me estaba llamando. Un sopor febril colmó mi cabeza cuando lo vi: tan solito, tan alejado de la vista ajena, sólo yo lo podía ver, yo y nadie más. Sentí como un calorcito en mi estómago cuando lo tomé: ¡dos mil pesos! Cuatro billetes de Don Diego, aglutinados al doblez que provocaba una banda elástica. Sé que no es mucho, pero yo, un estudiante foráneo, no podía sino ver la gran cantidad de comida que podía comprar.

¡Lo tomé, y me sentí mal! ¡Y lo dejé, y me sentí peor! Y mientras este súbito juego absurdo de tomar y dejar ocurría, las dudas morales carcomían mi pensamiento. Yo soy un joven de alta moral, de aquellas que se jactan de ser buenas. Pero cuando uno se enfrenta a la situación así, tan poco clara, la incertidumbre ataca al orgullo. Tomo el dinero y soy ladrón, dejo el dinero y soy idiota. ¡Qué hacer! Todo esto atolondraba a mi pensamiento y mareaba a mi consciencia. Además, ¿cómo estaba seguro que el dinero no era de un malandro? Dicen por ahí que *“ladrón que roba a ladrón, cien años de perdón”* ¿Y si hacía bien en quedármelo? La realidad es que no se podía saber: la diferencia entre un obsceno ratero, y un incauto pobre se desdibujaba cada vez más en mi memoria.

¿Tomar o no tomar? ¿Cuál era la diferencia? Por un momento maldije lo que momentos antes consideraba un regalo divino, y me encontré llorando de angustia- he de decir que soy muy sensible, no sé si el lector pudo ya advertir-.

He de anticipar mi respuesta para restarle importancia, puesto que lo que me interesa es este drama, si oso calificarlo como tal: yo digo que soy bueno, pero cuando se me presenta una situación verdadera, que no es plana como de libro de la SEP, toda su magnífica incertidumbre recae sobre mi virgen moral. ¿Por qué actuar bien será tan poco claro? ¿Realmente tengo yo que decidir si lo que hago es bueno o malo? ¿No lo podría decidir otro? La respuesta es concisa: no, está en mí guiar por el buen rumbo mis acciones diarias, buscando el bien actuar y la sinceridad, en la mayor extensión posible que me permiten mis medios.

Dejé el dinero el tiempo que consideré razonable para que el dueño regresara por él, después lo recogí y lo entregué al guardia, dejando una nota en el lugar donde lo encontré.

Estoy tranquilo.

(590 palabras)

Escrito por

Judas VII